

M. DE UNAMUNO, *Amor y Pedagogía*, ed. de Bénédicte Vauthier, Biblioteca Nueva, Madrid 2002, pp. 535.

Después de cien años de su primera edición (1902-2002), se publica nuevamente la novela de Miguel de Unamuno: *Amor y Pedagogía*, por una perspicaz profesora de la Universidad Autónoma de Madrid, que he tenido la manera de conocer.

La profesora en su estudio introductivo (págs. 13.123), en el que centraré mi reseña e individuando en ello unos temas particulares más que otros (es decir los que más pueden referirse al ámbito filosófico), busca puntualizar lo que la crítica ha dicho sobre la novela en el curso de los años. A esa crítica, la autora acarra su personal y original tesis de lectura que quiere alargar luego a todas las otras novelas unamunianas: o sea que presenta una lectura en *clave ironica* de la novela y todo eso con una particular atención a la *forma literaria* de las novelas unamunianas, casi por nada profundizada como destaca mucha crítica. Esta crítica sin embargo, aunque mostrando el objeto de desarrollo de la investigación, nada ha dicho sobre el método, y Bénédicte cree poderlo encontrar por medio de M. Bajtín.

Bajtín, como subraya la autora, ha desarrollado estudios en el campo de la estilística teniendo en cuenta sobre todo dos aspectos: *forma y contenido* que van unidos por la *palabra*, entendida como fenómeno social y pues en el sentido más amplio del término. Ora si las lecturas de *Amor y Pedagogía* hasta ahora han subrayado el *contenido* más que la *forma*, Bénédicte quiere volver a la forma para destacar que en la novela de Unamuno no hay una *novela de tesis*, sino una *burla*, una novela *sumamente irónica*, cuyo efecto básico está en el hecho de que no se entiende biena cual sea el objetivo que en ella don Miguel se propone. *Efecto*, no *defecto*, que se busca de una manera conciente y que brota de una concepción irónica del mundo y que es

—según Bénédicte— por una parte socrática, por otra cervantina. Una lectura esta impulsada por una interpretación de Unamuno como escindido entre *contemplación e agonía*, entre *nadismo* e *utopismo* que no convence a los lectores del Unamuno político y tampoco a la autora del estudio.

Ora, si se quiere establecer el *credo interpretativo* en el que llegar al valor *artístico-ideológico* de la novela, Bénédicte afirma que por su parte quiere estar al *lado del lector, indagar en el taller de su elaboración artística*. Para eso, convencida de que Unamuno no es autor trágico, como cree mucha crítica en particular la filosófica, y más bien de acuerdo con Gomez Molleda en el hecho de que su obra está entre dos siglos, y constituye por eso una caja de resonancia de proyectos y corrientes culturales de aquel tiempo, la autora muestra, por medio de paralelos y consultas de textos muy precisas, como *Amor y Pedagogía* sea casi una relectura y continuación en clave ironica de la novela *La familia de León Roch* de B. Pérez Galdós, además que de *Minuta de un Testamento* de G. De Azcárate; novelas que expresan el krausismo, el krauso-institucionismo del tiempo, además que sus relaciones con la religión y el anti-clericalismo. Pero Bénédicte va más allá, porque cree que no se puede hablar de un contenido filosófico de las novelas de Unamuno y apoyándose por eso en unas afirmaciones del mismo don Miguel y adjuntando que no se entiende como él recurrió en las novelas a la *burla*, a un recurso discursivo tan poco recomendable «como es la ironía, y de un género tan difícil de interpretar como es la novela, si sólo quería filosofar» (p. 48).

Por lo que se refiere luego a la probable origen autobiografica de la novela, afirma que si hay un personaje en la novela en el que se puede identificar don Miguel, este es don Fulgencio; eso no porque el personaje «sea un disfraz de Unamuno, sino porque don Fulgencio es el personaje orquesta que se hace portavoz de las ideas de tole-

rancia y convivencia defendidas por los krausistas y los krauso-institucionistas» (p. 63).

Lo que queremos destacar, al final de esta breve análisis del estudio de B. Vauthier, es que ello seguramente es un estudio original, que busca encontrar nuevas claves de lecturas a las novelas unamunianas. Y eso lo hace mostrando madurez de pensamiento, de análisis crítica, además que una docta utilización de la bibliografía, que conoce profundamente.

El que escribe sin embargo, acaso no exento de una distorsión que viene de sus estudios filosóficos sobre don Miguel, tienes unas dudas (¿como no podría no tenerlos un estudioso de Unamuno?) sobre las tesis de la autora.

Si en efecto se admite que Unamuno en la novela utilice a la *ironía* en sentido socrático y si por Sócrates la *ironía* es un método para descubrir la sustancial nulidad del saber ficticio y descubrir pues incluso la ignorancia que el hombre oculta a sí mismo, es decir aquella constituida por un *saber vacío*, ¿como se puede negar lo *trágico* que todo eso causa en su obra? Y como no asociar esta tragedia al momento histórico que por aquellos años Unamuno, España y Europa más en general, por medio de la difusión y afirmación de aquella cultura racionalista y positivista, de la que el mismo don Miguel se nutre por muchos años, y que destruyan la centralidad del hombre concreto en pro de una idea abstracta de ello —o sea en pro de la creación de un *saber vacío*, cual es el saber que no tiene como fin el ser concreto del hombre—, y debilitaban de tal manera la esencial *espiritualidad* de la cultura española?

Y afirmando el fundamento krausista y racio-positivista del Unamuno joven, ¿como eludir de pensar a *Amor y Pedagogía* como a una novela autobiográfica, una vez afirmada por el propio Unamuno la teoría de los *yo ex-futuros*? Es decir de todos aquellos *yo* que nos podríamos ser, aunque cada vez elegimos uno sólo entre ellos?

Y en eso hay que tener en cuenta de su concepción histórica del hombre, por la que el hombre es *pasado, presente* y tiene en sí el *porvenir*.

¿Como pues no pensar a los personajes de la novela cual expresión de las distintas épocas intelectuales de Unamuno, expresión de las distintas certezas culturales que ha vivido en su juventud y de las que también se puede decir que se quiera libertar propio por la ironía?

Ironía que me parece limitada a *Amor y Pedagogía*, ya que en *Niebla* se hay más una *búsqueda del ser*. Y para una lectura unitaria de la obra de Unamuno, incluso cuando se quiera dividir entre producción filosófica y literaria, después de la lectura de *Niebla*, por ejemplo, ¿como no pensar a la *Vida de don Quijote y Sancho*, o después de *Amor y Pedagogía* a los *Ensayos* de 1900, yo diría?

Con todo eso no quiero absolutamente rebajar el trabajo de investigación de Bénédicte Vauthier, que no hemos podido examinar por entero, y lo merece, ya que detrás de todo trabajo siempre hay un esfuerzo para la inteligibilidad, un esfuerzo de humanidad, un sacrificio que tiene que honrarse, porque constituye siempre un enriquecimiento. Y seguramente el estudio de Bénédicte está muy rico.

Además la edición está particularmente curada, pues que la autora recopila incluso el epistolario entre Unamuno y Santiago Valentí Camp (pp. 422-450), es decir el primer editor de la novela de don Miguel.

Las preguntas que he puesto son sólo las preguntas hechas a voz alta por un aficionado *estudiante* de Unamuno y, ¡quien sabe!, acaso también la expresión de una línea de investigación; seguramente la voluntad de un diálogo con la autora y la de provocar la curiosidad de un público de lectores de Unamuno más amplio.

Carmine Luigi Ferraro
e-mail: carmineferraro@libero.it

MARÍA ZAMBRANO, *Unamuno*, edición e introducción de Mercedes Gómez Blesa, Madrid; Editorial Debate, 2003, 203 págs.

El lector familiarizado con la obra de María Zambrano no puede extrañarse de la aparición de un escrito inédito de nuestra velenosa universal dedicado a Miguel Unamuno. Que la obra del rector salmantino hubiera jugado un papel relevante en la conformación y desarrollo del pensamiento zambraniano era algo más que una sospecha bien fundada. La publicación de este inédito convierte la sospecha en evidencia y testimonio una relación profunda cuyo conocimiento certero abrirá no pocos interrogantes.

Es muy conocida esa página terrible en la que María Zambrano cuenta sus dudas y vacilaciones respecto a los libros y cuadernos de apuntes que meter en su maleta en la hora precipitada y llena de congojas de su salida de España en los últimos meses de la Guerra Civil, cuando la conciencia de la derrota anticipaba una capitulación militar que no tardaría en llegar. Lo mejor —dice refiriéndose a Ortega— se lo llevaba dentro de sí, interiorizado y formando parte integrante de su propio pensamiento. También se llevó de este modo a Unamuno (dan fe de ello algunos artículos publicados antes de salir de España y después recogidos en *Hacia un saber sobre el alma*, a los que se añade ahora, sin dejar ya lugar a dudas, este *Unamuno* impecablemente editado por Mercedes Gómez Blesa). En la elección cruel de qué llevarse consigo/qué abandonar hay una doble decisión: María Zambrano hacía provisión para el incierto camino que iniciaba, pensaba en sí y en su camino, pero también pensaba en lo que acogía como equipaje, pues llevárselo, cargar con el peso de su herencia intelectual, era como intentar salvarlo de aquella España que se avecinaba. Fue una decisión máximamente responsable, un gesto en extremo ético.

En el penoso camino del exilio, aquella maleta fue llenándose con el fruto de una

radical voluntad de escritura que acompañó siempre a María Zambrano. Acabó por ser no ya maleta ligera, como convenía al inicio de un itinerario incierto, sino baúl pesado y repleto, cobijo provisional de una experiencia de vida que hizo del exilio su patria más propia y verdadera. Un baúl en el que Zambrano fue depositando amorosamente sus escritos, con la paciencia y el convencimiento de quien sabe que el tiempo habría de venir un día para hacerles justicia. Sorprende el ritmo sostenido de las publicaciones de sus últimos años si no se tiene en cuenta la existencia de este baúl. Y a juzgar por lo que poco a poco va saliendo de él, aún queda bastante para que podamos ver el fondo.

Este *Unamuno* recién publicado tiene la virtud de recoger la entera producción zambraniana sobre el autor vasco-salmantino, lo que constituye, sin duda, un importante acierto editorial. El volumen incluye la novedad de un extenso escrito inédito titulado «Unamuno y su obra», al que siguen, en forma de Anexos, seis artículos más previamente publicados en diversas revistas hispanoamericanas y españolas. Mercedes Gómez Blesa, quien ya había demostrado su competencia y buen hacer con la edición de *Las palabras del regreso*, donde recogía buena parte de la producción periodística de María Zambrano, antepone a todo ello una adecuada e inteligente introducción en la que va desenredando la compleja relación entre Unamuno y Zambrano, desplegando su contexto intelectual y dando relieve a sus centros temáticos privilegiados.

El primer problema que plantea el inédito «Unamuno y su obra» es el de su composición: Gómez Blesa, con buen criterio filológico, lo fecha en los primeros años de la estancia cubana de María Zambrano, concretamente durante el bienio 1940-42. Las características del texto hacen presumible suponer que su redacción (desigual y escasamente revisada) debió estar dictada por la exigencia de alguno de los cursos universitarios impartidos en aquella época por la autora de

Filosofía y poesía. El primer capítulo fue publicado de manera independiente en la *Revista de la Universidad de La Habana* en 1943, hecho que permite suponer una mayor atención en su escritura, lo que explicaría su más lograda factura estilística.

Esta datación sitúa el inédito zambrano entre los primeros estudios sobre la obra de Unamuno. Tiene, pues, un carácter pionero, prueba que no se trató de un escrito de circunstancias, algo para poder dar cómodamente un curso en la adversidad del exilio, sino que María Zambrano tuvo que trabajar a fondo, que su interés por Unamuno era auténtico y obedecía a la inquietud real y problemática de su propio pensamiento. Y sin embargo el texto ha resultado ineficaz al permanecer inédito: publicado en su momento hubiera podido servir de punto de referencia para el desarrollo de la crítica unamuniana, sobre todo en aquellos aspectos que María Zambrano supo ver temprano y valorar adecuadamente, como son, entre otros, el de la efectiva vinculación de la obra de Unamuno con una modalidad de pensamiento de raíz hispánica, o la comprensión del problema religioso de Unamuno desde un contexto más amplio que el meramente confesional. Pionero e ineficaz: dos adjetivos que, referidos a este inédito, expresan bien la tragedia de la cultura española del exilio.

Componen «Unamuno y su obra» seis capítulos que abordan en sucesión ordenada una serie de problemas inherentes a la obra de Unamuno: su contextualización (española y europea), la explicación de su unidad en el marco de la multiplicidad de géneros empleados, el conflicto entre filosofía y religión, la concepción trágica de la vida, una lectura en clave de «guía» de *Vida de Don Quijote y Sancho* y un *excursus* sobre la raíz religiosa de la envidia española.

El mayor interés de este texto no reside, desde luego, en su aportación efectiva a la crítica unamuniana: nada de lo que dice Zambrano sobre Unamuno constituye hoy una novedad. Lo hubiera sido, sin duda,

en su momento; pero hoy, tras el ingente desarrollo de los estudios unamunianos, tras la desmesurada bibliografía producida por la intensa atención crítica de los últimos decenios, el texto de Zambrano, anterior a todo ello, se descubre generalmente superado, a veces insuficiente, a veces ingenuo, aunque nunca, también es cierto, exento de interés. Debe ser leído con suma atención, no sólo por lo que dice del objeto de estudio (Unamuno), sino por lo que muestra del sujeto agente del estudio (Zambrano). Hablando de Unamuno, María Zambrano habla de sí, y lo hace sin concesiones, reclamando en la «Justificación» que abre el inédito el método de la «participación», tan parecido a aquel «desde dentro» que su maestro Ortega perfeccionara con Goethe. Se trata, pues, de un texto intempestivo, inactual, un texto que debe ser leído desde precisas claves de reconstrucción histórico-hermenéuticas. No es un texto de crítica (en él no se persigue ninguna «objetividad», y su autora lo declara consciente de los riesgos que corre), sino un ejercicio de *empatía* intelectual, de apropiación de un pensamiento ajeno. Zambrano privilegia el pensamiento de Unamuno. ¡Sorprendería lo contrario! No le interesa la novedad narrativa de las novelas, por ejemplo, ni tantos otros aspectos del corpus unamuniano que han hecho las delicias de la crítica literaria. Unamuno le interesa en la medida en que es un pensamiento. Y le interesa porque suscita auténtico interés para su propio pensamiento. No se trata de una sistematización erudita, sino más bien de una puesta en claro de Unamuno que responde a lo que entonces eran exigencias del pensamiento zambraniano. Más que cualquier otra cosa, pues, este *Unamuno* es el Unamuno «de» María Zambrano, el Unamuno que respondía en los primeros años de su exilio a sus exigencias intelectuales.

En su inactualidad, a veces, este escrito aparece ferozmente actual, como cuando habla de la «inhibición europea», de esa inhibición religiosa que ha marcado el decurso (generalmente interpretado en clave progre-

siva) de la cultura europea: Zambrano ve en Unamuno, en su poner en el centro –¡otra vez!– el problema religioso, no un rezagado de la modernidad, como a veces ha solido hacerse, sino como alguien que apunta hacia el desvelamiento de una de las sombras más oscuras del proyecto ilustrado. Unamuno no estaría, pues, para Zambrano, antes que Ortega, sino después: el «sentimiento trágico de la vida» no sería una etapa anterior al «sentido deportivo y festival de la existencia», sino que, atendiendo al proceso de formación y desarrollo del pensamiento zambrano, el orden creado por Ortega (contra Unamuno), ese orden que muestran satisfechas las historias del pensamiento español, quedaría alterado, invertido. Y en esta inversión reside uno de los problemas de mayor interés que este *Unamuno de María Zambrano* abre para la filosofía hispánica: el giro unamuniano del orteguismo (un

«De Ortega a Unamuno» aún por escribir que invierte el capítulo «De Unamuno a Ortega», tan bien contado, entre otros, por la propia Zambrano). Es poco probable que Ortega pensara que el desarrollo de su pensamiento acabaría reclamando, más allá de su figura y de su obra, un retorno a Unamuno, precisamente a Unamuno, a quien él creía haber dejado definitivamente a sus espaldas. Sin embargo, dos de sus alumnos más representativos, María Zambrano y Julián Marías, sintieron la necesidad intelectual de acoger radicalmente el legado de Unamuno, en algo que aún no sabemos muy bien si constituye un etapa del desarrollo o de la disolución del orteguismo. Un interrogante que pide respuesta y al que este *Unamuno* de María Zambrano ayuda notablemente a configurar.

Francisco José Martín.